

Cien años de un incesto anunciado

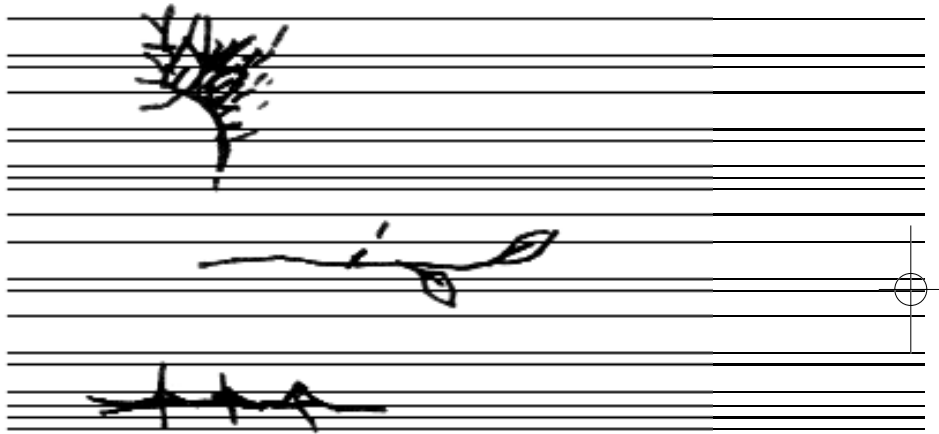
Antonio Cajero

► De Gabriel García Márquez, el pródigo colombiano de Aracataca, el nieto de su abuelo, se ha dicho no sólo que es un mitificador de la desmitificación (y cómo no decirlo si en su pluma Simón Bolívar es el libertador, pero también el fornicador, el mortal que avanza por el río Magdalena acongojado porque ya no lo quiere la gente, el hombre que degenera en su grandeza, hasta achicarse por dentro y por fuera); un matador de dioses: en la medida en que inventa mundos o estiliza la realidad, casi siempre hiperbolizada, se sitúa en un pedestal casi divino: no hay más dioses ni más olimpos, él es el dios. El libro de Vargas Llosa, *García Márquez. Historia de un deicidio*, resulta más que atinado en este sentido.

Si *El coronel no tiene quien le escriba* se considera una novela, la segunda de Gabo, fundadora de una línea narrativa que magnifica su referente (aunque *La hojarasca* y varios cuentos antecedentes ya mostraban los hilillos de que pendía la “realidad”), en *Crónica de una muerte anunciada*, *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera*, *La mala hora*, *El general en su laberinto* y *El otoño del patriarca* la acidez de la ironía y el humor negro desencadenado son piedra de toque del cosmos garciamarquiano. Los personajes pasan de una novela a otra, se cruzan en Macondo aunque correspondan a textos distintos, se recuerdan mutuamente: hay un juego especular, como los sueños en abismo con que se distrae José Arcadio Buendía, no importa que en uno de ellos lo aguarde la muerte: también los muertos, como los personajes en *Pedro Páramo* o en *Spoon River*, vuelven (verbigracia Melquíades,

Prudencio Aguilar o el mismo fundador de Macondo), se comunican y envejecen, aman (“amor constante más allá de la muerte”).

Entre los recursos más explotados (y agobiantes) por García Márquez afloran: la exageración, el lenguaje apelotonado, la crítica mordaz implícita, el reportaje mistificado, el compromiso del hombre consigo y con los otros, el extremo opuesto de lo cotidiano, lo cotidiano pero ajeno, la *mala hora* de la mayoría de sus personajes, los espacios mitificados y el hálito, en todos los casos, de un escritor que busca refrescar al lector con temas o



vedados o apenas imaginados, donde se aprecia el gusto por la escritura y el oficio de contar; porque, como San Juan lo expresara, “en el principio fue el Verbo”, y al final igualmente tendrá que serlo.

Hay, en esta narrativa de la abundancia, un nexo directo con el testimonio y el dato fidedigno, con la historia, si bien exagerada o llevada al extremo de la ridiculización o la parodia: todos hemos asistido, como testigos o como actores, al laberinto de la burocracia; hemos sido los coroneles que hervimos piedras para mitigar el hambre; ¿en qué país de América Latina no ha habido represiones sangrientas, dictadores que se afirman en la silla del poder a costa de la mayoría, rumores que alcanzan el grado de la paranoia, héroes de lodo y paja, gitanos de la información? En la obra de García Márquez fluye inmejorablemente lo que Carpen-

- Antonio Cajero (Metepéc, Estado de México, 1966) ha publicado cuatro poemarios, así como múltiples textos en revistas y diarios. Tiene estudios de doctorado en Literatura Hispánica por El Colegio de México.



tier decía de la novelística latinoamericana: para los extranjeros es más verosímil la ficción que el hecho real y comprobable. Al final el escritor es un mentiroso que invierte el mundo: la descripción de una guerra

es tan cruel, como la que describe Roa Bastos en *Hijo de hombre*, que resulta increíble, por más que sea casi un reflejo de la realidad; las lluvias tropicales, tal el diluvio de *Cien años de soledad* o el torrencial de *Isabel viendo llover en Macondo*, son tan extremosas que terminan por imponerse como una ilusión que sólo podría ocurrírsele a los escritores. Contradictoriamente, la ficción suele considerarse más real que la propia realidad; no falta quien, armado de la lanza de la curiosidad, vea en Comala, Macondo o Santa María un lugar específico donde ocurre cuanto aparece en la obra literaria: oh, traición, traición. No están los muertos vivos ni los indios hablan como en la novela ni es posible acceder a Cuévano por vía alguna si no es por la ficción.

Entre el intrincado jardín, *Cien años de soledad* constituye el centro de referencia del trabajo de García Márquez anterior y posterior a 1967. Sin embargo, no será éste un análisis exhaustivo. Sería inmodesto no limitarse a una migaja apenas de su riqueza: el incesto como columna vertebral de la novela.

La llegada de los Buendía a Macondo, tierra prometida para que incube la soledad (de la belleza, del poder, de la inventiva, del amor y hasta de la muchedumbre), presupone un acontecimiento: José Arcadio Buendía mata a Prudencio Aguilar por una cuestión de honor, pues a quién le gusta que se burlen de su virilidad y le propongan que un gallo le haga el favor a su mujer. Úrsula Iguarán y José Arcadio Buendía, el patriarca que recibe el anuncio sobre dónde ha de fundarse Macondo, eran primos y tenían engendrar hijos con cola de puerco: correspondían a familias secularmente entrecruzadas, pero pendientes por “la vergüenza de engendrar iguanas”. Después de la afrenta, José Arcadio Buendía decide romper el estado de castidad a que se hallaba sometida Úrsula y la viola; “con la ligereza de sus diecinueve años, resolvió el problema con una sola frase: ‘No me importa tener cochinitos, siempre que puedan hablar’”.

Ya había un antecedente que, de alguna manera, intensificó el miedo de Úrsula. Un hecho consumado como herencia filial:

Una tía de Úrsula, casada con un tío de José Arcadio Buendía, tuvo un hijo que pasó toda la vida con unos pantalones englobados y flojos, y que murió de-

sangrado después de haber vivido cuarenta y dos años en el más puro estado de virginidad, porque nació y creció con una cola cartilaginosa en forma de tirabuzón y con una escobilla de pelos en la punta. Una cola de cerdo que no se dejó ver nunca de una mujer, y que le costó la vida cuando un carnicero amigo le hizo el favor de cortársela con una hachuela de destazar.

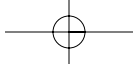
Todo suena tan natural en la voz del narrador que no queda mucho lugar a la duda, como la inmisericorde profusión de pasquines en *La mala hora*, la ignorancia de Santiago Nasar sobre su propia muerte en *Crónica de una muerte anunciada*, los doscientos vagones con muertos apilados como racimos de plátano, la lluvia de flores amarillas que acompañaron la muerte de José Arcadio Buendía y las mariposas amarillas que anunciaban la presencia de Mauricio Babilonia en *Cien años de soledad*. Y no hay sentimiento de culpa: García Márquez se deleita con estos juegos de memoria hinchada por las aguas de los años.

Desde el principio hasta el fin (lo que no es sino un círculo, el regreso al mismo punto, como las casas con paredes de espejos que José Arcadio Buendía soñó para Macondo, el recuerdo de Úrsula en la vejez,



los pescaditos de oro del coronel Aureliano o la mortaja de Amaranta) la idea del incesto corre como agua por la quebrada, con la inexorabilidad de la caída libre: es más, José Arcadio Buendía y Úrsula son el espejo del futuro donde se verán Amaranta Úrsula y Aureliano Babilonia.

Cien años de soledad es una novela total, como *Don Quijote*; ahí están el profeta amarrado a un castaño, los gitanos con las mayores maravillas del mundo, la frustración de treinta y dos guerras perdidas, la invasión de la fiebre bananera, gringos que llegan y se van sin ser escuchados, hombres y mujeres que se aferran a la sole-



dad como a un madero en medio del océano, todos los vicios y todas las virtudes, el génesis y el apocalipsis: es ésta una biblia del tercer y más profundo mundo. Mito e historia entrecruzados por múltiples amarres de agua.

Cien años deben pasar para que el destino se cumpla, cien años para que el epígrafe de los manuscritos de Melquíades sea cabal (“El primero de la stirpe está amarrado a un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas”). Pero no es la fatalidad, porque los Buendía lucharon ferozmente para que todo ocurriera así: no hay dios alguno al que deban pagar cuentas, sólo su propio espejo ante el cual se verán desolados y en cumplimiento de su deber.

Aun cuando las circunstancias obligan a que los parientes se apasionen y den rienda suelta a la carne, resulta casi dramático (trágico casi) el hecho de que paulatinamente la consumación del incesto debe reproducirse, como si un gen portara el deseo feraz del consanguíneo.

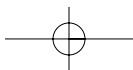
Con el matrimonio de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán no se contraviene ley divina alguna, ni siquiera humana, sino que se realiza estrictamente un hecho reiterativo entre sus respectivas familias. Por lo tanto, los descendientes seguirán dando vueltas en el tiempo y, como se observa al final de la novela, naufragarán en la relación incestuosa, porque son reclusos de un círculo donde no sólo se repiten los nombres, también los

acontecimientos, hasta que nazca un hijo con cola de cerdo y muera la estirpe en medio del terremoto de la sangre.

Cuando Úrsula entró en la recámara de José Arcadio, el primogénito y producto de la violencia, y observó cómo estaba “bien equipado para la vida”, pensó que “su desproporción era algo tan desnaturalizado como la cola de cerdo del primo”. La madre, agitada, se ruboriza primero y luego investiga con una gitana sobre esta maldición; pero recibe como respuesta lo que no quería oír, pues le confirma el destino: “Será feliz”, dice la mujer. A partir de este hecho, José Arcadio busca apasionadamente a la prestidigitadora que le había hecho tan buen pronóstico, y en la que, además, veía reflejada a la madre (“quería que ella fuera su madre”).

El día que Pilar Ternera, amante-madre, Yocasta del trópico casi, lleva a José Arcadio al lecho, éste no atina

The image displays a detailed musical score for a string quartet. It consists of four staves, each representing a different instrument (Violin I, Violin II, Viola, and Cello/Double Bass). The score is written in a standard musical notation style, including notes, rests, and dynamic markings. There are several sections of the score, some with specific time signatures like 3/4, 2/4, and 4/2. The notation includes various musical symbols such as clefs, key signatures, and performance instructions. The score is presented in a clean, professional layout with clear markings and a structured arrangement of staves.



a separar el objeto del placer del objeto del deseo: “trataba de acordarse del rostro de ella y se encontraba con el rostro de Úrsula. José Arcadio desea a su madre, aunque no puede amarla y por eso obtiene el goce sexual de Pilar Ternera.

Después de que los Buendía engendran un segundo hijo que nace limpio, Aureliano (el coronel del futuro), llega Rebeca (una supuesta prima de Úrsula), quien arrastra la peste del insomnio. Llegó el día en que todos en Macondo soñaban despiertos en una “alucinada lucidez” donde “unos veían las imágenes soñadas por los otros”. José Arcadio Buendía no cesa de buscar y demostrar la redondez de la tierra, el poder letal de una lupa gigante, la fuerza magnética que atraería todo el oro de la tierra o la existencia de Dios por medio del daguerrotipo, y Melquíades lo acompaña cada vez que vuelve de la muerte, de la “soledad insoportable de la muerte”.

Ya crecido, Aureliano se empecinó por los favores de una niña que debió crecer intensivamente, quien “por su edad podría ser hija suya”. No es la madre sino la hija (en los dos casos supuesta) el fin del deseo de Aureliano, quien no descansa sino hasta verse casado con Remedios Moscote, amante-niña. Ésta maduró a marchas forzadas y estuvo lista para concebir la vida ajena y entregar la propia en un torrente incontrolable, hasta que perece ahogada por su propia sangre.

Hasta aquí, el incesto se traslada de una imagen a otra; no es la madre ni la hija quien cede al amor del hijo o del padre, respectivamente, sino un sustituto. En los actos de José Arcadio y Aureliano no hay, sin embargo, sombra de arrepentimiento; el orden moral es ajeno a ellos; tampoco se percibe el sentimiento del pecado o de la transgresión. Es más, antes que evitar las relaciones, terminan siempre a expensas del deseo desaforado y pertinaz, como si no tuvieran sino que permanecer recluidos en la celda circular de la memoria.

Macondo se convierte en el paraíso podrido de las leyes, la guerra y el avance irracional de la tecnología. No obstante que ya José Arcadio Buendía ha sido amarrado a un castaño, termina condenado a la soledad de un universo poblado por fantasmas (Prudencio Aguilar, ya reconciliado con su matador, y Melquíades son los principales de este quijote traicionado). Regresa José Arcadio a Macondo, quien

una vez se fugó con los gitanos y no volvió sino hecho hombre. La primera que lo recibe es, paradójicamente, la mujer interdicta, Úrsula.

Y puesto que no le queda sino lamentarse, José Arcadio busca refugio a su fortaleza animal en Rebeca, la hermana postiza. Tabla de salvación, momentánea sin embargo, de la sangre. Nada hay que sirva de dique. “Eres muy mujer, hermanita”, acierta a decir José Arcadio, y luego que la acaricia toda: “Ay, hermanita; ay, hermanita”. Ni los ruegos ni las objeciones de Pietro Crespi, el pretendiente de Rebeca, deshacen los destinos anudados:

—Es su hermana.

—No me importa —replicó José Arcadio.

Pietro Crespi se enjugó la frente con el pañuelo impregnado de espliego.

—Es contra natura —explicó— y, además, la ley lo prohíbe.

José Arcadio se impacientó no tanto con la argumentación como con la palidez de Pietro Crespi.

—Me cago dos veces en natura —dijo—. Y se lo vengo a decir para que no se tome la molestia de ir a preguntarle nada a Rebeca.

No hay Dios ni hombre que impida esta práctica casi incestuosa (puesto que nunca se comprueba el parentesco de Rebeca con los Buendía): la terquedad del semental en celo puede más. Vive fuera del orden divino, pero también más allá de cualquier convención: ¿qué importa natura, qué la ley? José Arcadio se suicidará como una lección de que todo depende de su voluntad, hasta la muerte. De este acontecimiento se desprende una de las más bellas descripciones de *Cien años de soledad*, ya por su exageración, ya por su precisión, la cual desemboca en un hecho simbólico, la inconclusión del incesto entre José Arcadio y Úrsula, el cual pareciera cumplirse con la muerte de aquél:

Un hilo de sangre salió por debajo de la puerta, atravesó la sala, salió a la calle, siguió en un curso directo por los andenes desparejos, descendió escalinatas y subió pretiles, pasó de largo por la Calle de los Turcos, dobló en una esquina a la derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a la casa de los Buendía, pasó por debajo de la puerta cerrada, atravesó la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por

la otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de Amaranta que daba una lección de aritmética a Aureliano José, y se metió por el granero y apareció en la cocina donde Úrsula se disponía a partir treinta y seis huevos para el pan.

El sentido inverso de la trayectoria de la sangre recibe un tratamiento semejante; pero en esta parte sólo interesa observar la recurrencia con que una y otra vez José Arcadio vuelve al seno materno, hasta en la misma muerte. Aun cuando el contacto incestuoso apenas se entrevé, resulta innegable que el narrador traslada los significados. ¿La sangre, como el semen, no engendran la vida, y no representan a veces la no-vida? Eternidad de un amor inconcluso, que Dios quiso que no sucediera, ya blasfemia contra natura, ya Edipo descansaba en el regazo de la madre por los siglos de los siglos.

Sin embargo no para ahí la historia de un incesto anunciado: Amaranta, la tercera hija de José Arcadio Buendía y Úrsula, la que antes de morir juró que se va “de este mundo como vino”, inmaculada en su virginidad, cría al hijo de Pilar Ternera y José Arcadio, Aureliano José. Duerme con él, se baña con él, hasta que en la soledad compartida Aureliano José empezó a anhelar los espléndidos pezones morados, la respiración tibia de su tía, y terminaron persiguiéndose por los rincones de la casa y se cerraron en los dormitorios apenas tuvieron un rato libre. Sólo los escrúpulos de Úrsula apagarían un fuego que se reavivará años después, cuando Aureliano José deserte de la guerra de Nicaragua y decida casarse con Amaranta. El reencuentro fue casi inmediato e irrenunciable: una madrugada —como aquella en que Amaranta lo masturbaba— Aureliano José volvió

a las sordas batallas sin consecuencia que se prolongaban hasta el amanecer. “Soy tu tía”, murmuraba Amaranta, agotada. “Es casi como si fuera tu madre, no sólo por la edad, sino porque lo único que me faltó fue darte de mamar”.

Empantanados con sus locuras hasta el cuello, los Buendía cargaron con la cruz de los amores inútiles. Aureliano José pugnaba en el campo de batalla porque los liberales perseguían, entre otras cosas, eliminar a los curas; de esta manera “uno se [podría] casar con su propia madre”. Pero el estoicismo de Amaranta resiste el embate:

—No es sólo eso —rebatía Amaranta—. Es que nacen los hijos con cola de puerco.

Aureliano José era sordo a todo argumento.

—Aunque nazcan armadillos —suplicaba.

No es la ceguera ni la sordera lo que abisma a los congéneres en el incesto, sino un afán atávico que se reemprende con los descendientes. Amaranta había consentido, pero el miedo a parir monstruos detuvo sus ímpetus. A José Arcadio Buendía no le importaba engendrar iguanas, a José Arcadio natura le importaba un pito y los armadillos no serían obstáculo entre Amaranta y Aureliano José. Sólo la muerte de éste levantará una lápida sobre los calores de

Amaranta, quien naufragará en la soledad de los amores perdidos.

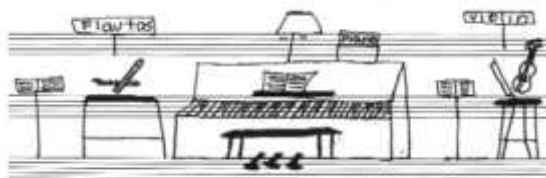
Después de este intento frustrado (incesto postergado), *Cien años de soledad* cae en el marasmo de la historia de Colombia y, sinécdoicamente, de América Latina: García Márquez critica la explotación agrícola, la represión militar, la revolución perenne pero infructuosa. Así, la serpiente se muerde la cola: el testimonio del ayer se finca en el hoy, y el mañana ya es ayer en la novela. Los personajes se asemejan a los dirigentes políticos de nuestra América, unos y otros disfrutaban “el vicio de hacer para deshacer” —como si el tiempo se detuviera o diera vueltas sobre sí mismo— “como el coronel Aureliano Buendía con los pescaditos de oro, Amaranta con los botones y la mortaja, José Arcadio Segundo con los pergaminos y Úrsula con los recuerdos”.

La genealogía es un atolladero del cual no saldrán vivos los Buendía para contarlo:

La historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje.

Y un día, cuando no haya más soporte, vendrá el consuelo del olvido y ninguna otra cosa.

Luego vuelta al asunto. Antes de morir, Úrsula recomendó que “cuida-



ran de que ningún Buendía se casara con alguien de la misma sangre, porque nacían los hijos con cola de puerco”. Y quién mejor que ella para temer y atemorizar. Pero nadie habría de oírla, unos porque morirían inmediatamente después que ella y otros porque no estuvieron cerca de su lecho para escucharla. Úrsula representa el claro ejemplo del incesto como último rescoldo. Finalmente, la novela fluye por la necesidad de consumir el incesto.

Como *Cien años de soledad* es la novela de los Buendía no podría sino convertirse en ataúd de historias circulares: un hombre y una mujer de la misma sangre engendrarán un hijo con cola de cerdo, pues hay en ellos un instinto que los une desde los orígenes hasta el fin. Vuelta de Europa, Amaranta Úrsula, hija de Aureliano Segundo y Fernanda del Carpio, se encuentra con una casa paterna presa de la destrucción y se atreve a darle vida nuevamente; prepara el nido de amor en que concebirá el destino.

En esta casa en que ha pasado de todo, sólo hay un sobreviviente que espera compartir la soledad y la condenación del amor, Aureliano Babilonia, hijo de Meme (a su vez hermana de Amaranta Úrsula) y Mauricio Babilonia.

Amaranta Úrsula es más semejante a Úrsula y a Remedios, la bella, mientras que Aureliano Babilonia tiene más la inquietud de José Arcadio Buendía y las preferencias del coronel Aureliano Buendía: la historia recomienza, pero al mismo tiempo se trata de la última vuelta de tuerca. En los dos casos hay una especie de síntesis de caracteres y, por eso, de la historia reiterativa de la consanguinidad. Ellos sirven de pozo a la soledad y el amor.

Los acercamientos entre tía y sobrino van paulatinamente intensificándose: primero Aureliano Babilonia toca una mano a su tía, luego emprende un juego mortal con ella, el del deseo; hasta que un buen día Aureliano le muestra “el terrible animal” parasitario que había incubado en el martirio, y por fin la caída en el espiral de la pasión:

De pronto, casi jugando, como una travesura más, Amaranta Úrsula descuidó la defensa, y cuando trató de reaccionar,

asustada de lo que ella misma había hecho posible, ya era demasiado tarde. Una conmoción descomunal la inmovilizó en su centro de gravedad, la sembró en su sitio, y su voluntad defensiva fue demolida por la ansiedad irresistible de descubrir qué eran los silbos anaranjados y los globos invisibles que la esperaban al otro lado de la muerte. Apenas tuvo tiempo de estirar la mano y buscar a ciegas la toalla, y meterse una mordaza entre los dientes, para que no se le salieran los chillidos de gata que ya le estaban desgarrando las entrañas.

Y no hubo tregua ni mal que empañara este amor condenado: “recluidos por la soledad del amor en una casa donde era casi imposible dormir por el estruendo de las hormigas coloradas, Aureliano y Amaranta Úrsula eran los únicos seres felices, y los más felices sobre la tierra”. Nunca se produjo la marcha atrás, como otras veces. Éste es el fin de un trayecto con intermitencias; por más que el tráfigo de los muertos los despertara, concibieron al niño

con cola de cerdo tan temido: “era el único [Buendía] que había sido engendrado con amor”. Ni la voluntad de Úrsula por preservar

la stirpe ni las quimeras de José Arcadio Buendía ni los engaños de la guerra y los pescaditos de Aureliano Buendía ni nada habría podido detener el tren del tiempo: cien años en que los Buendía engendraron por la fuerza. Ahí está José Arcadio Buendía violentando a Úrsula, el coronel Aureliano Buendía y sus diecisiete hijos, el vientre sustituto de Pilar Ternera (la otra madre) y los fuegos fatuos de los amores truncos de Amaranta.

Esta novela de la doble lectura, como diría Fuentes, se cierra dos veces, ante nuestros ojos y ante los de Aureliano Babilonia, descifrador de los pergaminos de Melquíades. Los personajes de *Cien años de soledad* parecen masticar su historia familiar como, en otro momento, los muertos de *Pedro Páramo* mastican el recuerdo: siempre lo mismo hasta el cansancio. Este tiempo otro, entre el mito y la realidad, pone un espejo frente a otro espejo: el infinito.

En tanto que Amaranta Úrsula propone el nombre de Rodrigo para el fruto de sus amoríos, “su marido la contradice”: “Se llamará Aureliano y ganará treinta y dos guerras”, no las perderá todas como el coronel. Pero la evidencia se adelanta al futuro: “Sólo cuando lo voltearon boca abajo se dieron cuenta de que tenía algo más que el resto de los hombres, y se inclinaron para examinarlo. Era una cola de cerdo”. Ahogada en su propia sangre, como Remedios Moscote, Amaranta Úrsula morirá y dejará solo a Aureliano Babilonia, más solo que nadie y con dos cadáveres pudriéndosele entre las manos. ~

